

A propósito del Informe Juventud en España 2008 en clave política

Con la reciente publicación del Informe Juventud en España 2008 se abrió la existencia de este artículo. Los datos extraídos del mismo con referencia a la participación política de la juventud, así como los comentarios críticos al mismo dieron forma a las líneas que continúan. El fenómeno de la participación política juvenil y sus características propias ofrecen un rico horizonte de análisis, puesto que apuntan a lugares sociopolíticos muy difíciles de consolidar desde el ámbito teórico. La aproximación a los contextos que se sitúan en torno a la participación de la juventud española permite establecer algunas conclusiones a las que se llega fruto de un proceso reflexivo, materializado en estas páginas.

Palabras clave: participación política, apatía política, comportamiento político.

1. A modo de introducción

Las ideas que componen este artículo surgieron en torno al debate de argumentos previos a la preparación de la intervención en el acto organizado por el Instituto de la Juventud en Sevilla titulado *Diálogo entre jóvenes*, en el cual participó el profesor Muñoz. La cuarta parte del Informe *Juventud en España 2008* (Funes, 2009) orientada sobre los temas de cultura, política y sociedad fue el objeto de debate entre nosotros, puesto que a partir de estos datos empíricos realizaríamos una relectura interpretativa para conseguir un nuevo enfoque, que proporcionase otro elemento de análisis y discusión. El principal objetivo de este artículo siempre ha sido el intento de sobrepasar el empirismo ingenuo, mediante la aportación de otra interpretación comprensiva (Weber, 2007) de los datos extraídos de la realidad social ofrecidos por este ampuloso informe. Obviamente, y como todo investigador sabe, no pretendimos abarcar todas las líneas temáticas que ofrece el informe, sino que la decantación fue dirigida hacia los asuntos relativos a la participación política de la juventud, que aparecen en la obra que inspira este artículo. De hecho, ahondamos aun más en este tema puesto que partimos de la hipótesis que dentro del amplio concepto de participación política de la juventud, la importancia de la participación electoral era capital. De este modo, sostuvimos que las opiniones, comportamientos y prácticas sociales de la juventud, que se suceden alrededor de los actores sociales colectivos de carácter político y los nuevos escenarios que se ven aparecer, son el objeto central de nuestro análisis. Más adelante, ahondaremos en la aclaración de estas posturas.

Pues bien, establecido el marco de partida damos por finalizada esta sección a modo de introducción no sin antes destacar que la perspectiva ética

dialógica (Apel, 1995) se encuentra muy marcada en las líneas que siguen, dado que el contexto sociocultural en el que se enmarca la juventud actual y los comportamientos políticos que de él se desprenden, han de orientarse a considerar tolerables y legítimas actitudes y líneas de actuación-participación, que respondan a un criterio de diversidad cultural y política en el que se respeta por igual a todos los ciudadanos sin discriminación alguna. Dichos presupuestos han de ser tomados en consideración para poder apuntar las tendencias futuras que se bosquejan en las ulteriores argumentaciones, así como las demandas efectivas, que son expresadas de forma directa por la juventud, en sus nuevos patrones de comportamiento y canales de información y diálogo en base a lo político.

2. El contexto actual en lo político y lo social. Las claves previas a considerar

No es cuestión baladí, comenzar apuntando que el contexto sociopolítico en el que actualmente nos movemos viene marcado por la globalización. Dicho proceso puede ser catalogado como un elemento interventor en la nueva configuración social, cultural (Beck, 2002) y de consolidación del colectivo juvenil actual. De hecho, el ámbito que más interés va a suscitar en estas palabras es la globalización de carácter cultural, dado que se constituye como la línea maestra para poder establecer las tendencias de cambio social en la propia juventud española y global, por añadidura. El multiculturalismo, el mestizaje, la hibridación, la tolerancia y sus pares opuestos (choque de civilizaciones, xenofobia, movimientos etnocentristas, etcétera) serían claves de análisis para conseguir el objetivo de este artículo, es decir, estudiar el conjunto de actitudes, opiniones y patrones de comportamiento en lo que denominamos en su conjunto participación política de la juventud.

Por otra parte, tampoco ha de olvidarse el hecho de la existencia de una serie de particularidades de la cultura política española, debidas en gran medida a su tardía configuración democrática y también por la incidencia de esta situación sobre la juventud. El proceso de democratización española -con su *tempo* lento- afectó a una determinada juventud de modo muy distinto a lo que lo hizo la democracia ya asentada. La dinámica de consolidación institucional, así como el establecimiento de un orden constitucional estable fueron variables que condicionaban con rotundidad la participación política de esa juventud. Es por ello que podemos argumentar que los distintos tiempos democráticos en España han generado otros tantos modos, grados e indicadores de participación política en las generaciones de jóvenes. Esta argumentación se ve apostillada por la siguiente idea. “Solamente una vez que la nueva democracia empieza a ofrecer signos de consolidación, los temas relacionados con la posición de los ciudadanos en la vida política ascienden en el orden de prioridades colectivas, si bien no siempre ocupan el primer plano que les correspondería” (Morán y Benedicto, 2000:8).

Como toda imagen social, la juventud se construye mediante un juego de recreación social alimentado por muchas instituciones, sin embargo en el imaginario colectivo en España la juventud se tiende a asociar a un conjunto de prejuicios bastante peyorativos, *verbi gratia*, el botellón (Baigorri y otros, 2004). La ruptura con la imagen transmitida por los medios de comunicación de la juventud despreocupada, pasota y desviada viene a materializarse por los datos obtenidos del Informe *Juventud en España 2008*. El

desmontaje de los prejuicios resultantes de la creación de estos estereotipos minusvaloradores de la juventud es un objetivo primordial de las instituciones que tienen como fin último el trabajo con este colectivo social. No obstante, y en términos generales el principio esencial de creación de su imagen social se sostiene en base a la concepción que argumenta que el conjunto de jóvenes españoles aprovecha mayoritariamente la situación de protección que brinda la solidaridad familiar. Asimismo, la trayectoria vital de la juventud viene marcada por la transición –como elemento sustancial– hacia posiciones sociales de autonomía. Todo ello pasa por la independencia económica, lo cual implica la inserción en el mercado de trabajo y la emancipación familiar. La conjunción de todas estas tendencias hacia la autonomía hacen que la incertidumbre derivada de la consecución de las mismas o su imposibilidad hace que el planteamiento de futuro tienda a ser optimista (Funes, 2009). Este contexto –como ya se ha apuntado con anterioridad– hace que la imagen que tiene la juventud de la sociedad sea muy positiva, puesto que vincula su futuro a una buena marcha de la misma para su ansiada mejora de sus condiciones de vida asociadas a la situación de independencia social (Valle y Muñoz Sánchez, 2009).

Este salto cuantitativo y cualitativo hacia una situación de autonomía hace girar todas las percepciones sociales de la juventud. El sesgo optimista se ve reflejado en cuanto nos decidimos a compararlas con las demás cohortes de edad de la población. Por ello, el *desideratum* de la juventud siempre hace alusión a que una sociedad que abre caminos de promoción social hacia posiciones sociales de autonomía será bien valorada, de ahí que España, como sociedad, sea vista como un lugar propicio para la mejora social de los/as jóvenes. Otro hecho muy distinto es que estas opiniones se vean contrastadas en la realidad por cifras e indicadores. Situación que se brinda bastante discutible en el actual contexto de crisis del empleo juvenil (Muñoz Sánchez, 2010). La juventud se autopercebe con niveles de felicidad bastante acordes con la población en general, sin embargo destacan las opiniones en base al optimismo exacerbado, bien por causa de la ingenuidad, o bien por el propio desconocimiento de las propias estructuras sociales actuales.

Los aspectos esenciales que se valoran como importantes en la vida de la juventud, independientemente de la perspectiva de género, coinciden a grandes rasgos con el resto de los grupos de edad. Quizá cabría destacar sólo la alteración del orden en los mismos. En este momento podría rechazarse esa idea que se mueve en los niveles del popularmente conocido como sentido común, que afirma que la cultura y los valores juveniles, por definición, son contrarios a los de la cultura adulta. El conflicto cultural intergeneracional no tiene ya la vigencia de décadas precedentes.

Otra circunstancia a considerar, y que juega un papel muy relevante, es una variable de tipo cuantitativa. Es un hecho palpable que la juventud ha pasado de ser mayoría poblacional hasta disminuir sus integrantes de forma notable. Este colectivo se ha transformado de ser una mayoría social, rasgo característico de una sociedad en desarrollo, hasta convertirse en una minoría en una formación social adultocrática (VV. AA., 1999). La pérdida de centralidad de la juventud tiene mucha relación con la reducción de la presencia de las políticas sectoriales de juventud en la agenda política. La democratización cultural de la sociedad española es el aspecto que origina de forma central esta convergencia valorativa y cultural entre las distintas

cohortes de edad de la población española. La atención a la diversidad intrínseca de la comunidad política de la juventud actual es uno de los prerrequisitos a considerar a la hora de reflexionar sobre la participación política de la misma.

3. La participación juvenil en lo político. Del deseo participativo a la crítica como discurso

En esta parte del artículo haremos especial mención a la tendencia observada relativa a la opinión vertida por la juventud española en base a la participación política. El título que alienta el discurrir del mismo señala muy a las claras cual es su intención. Apuntamos que la juventud en su raíz participativa pasa por dos *locus* a los cuales dota de una fortaleza muy honda, dado que la ilusión de una futura participación en lo político, entendiendo ésta como la materialización de los derechos políticos mediante el voto en las elecciones, se transforma en su cara opuesta cuando la actitud marcadamente participativa torna en opiniones/discursos críticos en su fisonomía.

El tema central de este artículo, es decir, la participación y la cultura política de la juventud española permite sostener que la teoría que fundamenta la radicalización en la ideología política de las personas más jóvenes necesitaría una revisión crítica, dado que a la luz de los datos empíricos que ofrece el *Informe Juventud en España 2008*, no permiten contrastar esta hipótesis, más bien irían en la línea de su absoluta refutación empírica. Quizá cabría apuntar que son los jóvenes dependientes, los ciudadanos libertos (Ruiz Olabuénaga, 1998), los ciudadanos parciales (Valle y Muñoz Sánchez, 2009) los que expresan una mayor indiferencia e incluso rechazo ante la defensa del sistema político democrático existente en España.

Hemos de reflexionar sobre los retos de futuro que plantea la juventud en el ámbito de la participación política en sentido amplio, además de las implicaciones sobre el nuevo concepto de ciudadanía global, que viene radicándose en las discusiones intelectuales de hacia dónde camina el concepto de la participación en el momento actual. Se plantea que “[...] quizá el factor más importante para pensar en una *nueva ciudadanía* sea el planteamiento de nuevas demandas políticas, cada vez más numerosas y más pujantes, asociadas con dimensiones que parecen absolutamente contrarias a la idea de *universalidad de la ciudadanía*: la etnia, el género, la religión, los grupos de edad u otros rasgos culturales” (Morán y Benedicto, 2000:41). Dicha argumentación propone una fragmentación de la participación política en base a intereses muy concretos y que se alejan de manera clara de los principios universalistas que guiaban el sentido último de la democracia liberal clásica. La consecuencia de este proceso –descrito con anterioridad– es que la concepción de la participación en lo político se resquebraja en base a intereses muy particularistas, dejando a un lado los puntos de consenso, que garantizaba la universalidad de la ciudadanía anterior. De ahí que la respuesta a este principal escollo hace que estas líneas se constituyan en una reflexión sobre la incidencia que puede producir la quiebra de la ciudadanía –y más bien, de los comportamientos de participación política de la juventud en el proceso de reproducción de la legitimidad del sistema político, como muy bien sabemos, centrada en la participación electoral– en un sistema de participación política democráticamente instituido.

Cabría aludir que el proceso de quiebra de la ciudadanía universalista –señalado más arriba– no se produce por generación espontánea, sino más bien por una incidencia cada vez mayor de los principales problemas que acucian al sistema político democrático actual. La socialización política de los/as jóvenes ya no responde a los canales homogéneos del pasado y la diversidad –como característica intrínseca– entra a formar parte de la misma. A su vez, los procesos de formación de identidades, que en última instancia, condicionarán la socialización política al proporcionarle los anclajes más profundos soportan una particularización amplísima, puesto que las identidades más próximas son las que se valoran más. Al mismo tiempo, la pluralidad de las identidades colectivas, así como la direccionalidad y las nuevas funciones de la acción colectiva respecto a la lógica de la rentabilidad política son contextos cuya irrupción provoca la total metamorfosis de la participación política actual. Parecer ser que la juventud es el segmento más sensible a estos cambios y donde mayor incidencia tiene. De ahí que apuntemos que los principales rasgos de la cultura política juvenil y su relación con la democracia pasen de la participación como deseo a la crítica como discurso. La juventud se muestra crítica respecto al funcionamiento de la democracia más allá de las diferencias por edad o género, por tanto se afirma que la cultura política de los jóvenes está muy desarrollada, marcando sus derroteros hacia posturas de crítica constructiva desde posicionamientos muy partidarios del aumento de la participación de la ciudadanía en los asuntos públicos. Su posición ideológica situada en la izquierda del espectro político (VV. AA., 2009) contribuye a esta expresión de demandas ideológico-políticas.

Todo el conjunto de pautas de comportamiento y discursos que venimos manejando se basan en las deficiencias del proceso democrático, a cuyas consecuencias son más sensibles los/as jóvenes. La participación política es un ámbito cuyo manejo en los sistemas democráticos es muy complejo. Es un ingrediente imprescindible en los mecanismos de funcionamiento de la democracia, pero al mismo tiempo no se debe abusar de él. La democracia liberal decimonónica estaba fundamentada en una participación escasa en su conjunto y excelsa en su número. Por otro lado, estaríamos refiriéndonos a su sucesora la democracia de masas, que vendría marcada por unos procedimientos participativos tamizados y de segundo orden (mass-media, partidos políticos, instituciones vinculadas a la participación social, voluntariado regulado y altos niveles de normatividad y legislación en todo lo relativo a derechos políticos). La salida de estos canales más clásicos en el modo de participación política será analizada más abajo en el caso del movimiento altermundista y la juventud.

Hasta aquí parece todo bastante obvio, sin embargo en este sistema relativamente estable se pueden detectar elementos cuya problemática suscita nuestra reflexión. Existen numerosas corrientes intelectuales que consideran que para mejorar la estabilidad y la eficacia del sistema de participación se han de solucionar distintos aspectos que lo soslayan. Deberían acometerse medidas para eliminar las limitaciones de los canales institucionalizados de participación ciudadana, así como analizar de forma concienzuda el origen de los principales puntos débiles del sistema de participación actual (aumento de la desafección política, abstención electoral, corrupción política, etc.). La crisis del sistema se ve diagnosticada por dos vías: la primera haría referencia a la crisis de legitimación y la segunda nos conduciría a la crisis de los viejos movimientos sociales. La primera línea

concluye que la disminución de la participación y la focalización de la misma en los procesos electorales beneficia la legitimidad del sistema político y aleja posibles deseos de profundización de la participación de grupos interesados en la subversión del *status quo* (Habermas, 1999). No obstante, provoca problemas en los mecanismos de autoalimentación del sistema político (bajos niveles de participación, desafección política y esferas públicas muy deficientes). Con respecto a la segunda línea, hemos de considerar la aportación de los llamados nuevos movimientos sociales (Offe, 1989), cuya aparición viene a dar respuesta a la crisis interna de los viejos movimientos sociales. La crisis de los partidos políticos clásicos, unida a la aparición de nuevas vías –de carácter virtual o no– de participación política permite vislumbrar un horizonte con una faz muy diferente a la actual. La conclusión parcial a la que llegamos es que los sentimientos y actitudes de cinismo, escepticismo, apatía y desidia política son producto del fenómeno del alejamiento de las instituciones políticas actuales por su marcado carácter de lejanía social y falta de participación activa en su funcionamiento hacia la juventud. La clave de la falta de participación es una tónica constante y un argumento muy recurrente en los datos que se obtienen en el *Informe Juventud en España 2008*. La valoración general del acto de votar en las convocatorias de elecciones, así como de los partidos políticos también se recoge en la siguiente idea. “En definitiva, el sector juvenil es más optimista que el de los adultos en cuanto a lo que ellos pueden aportar a la política; muestran niveles más altos de confianza, eficacia política interna y de competencia individual. Sin embargo, son igual de pesimistas en cuanto a lo que se puede esperar de la política y los políticos, por tanto, no se aprecian diferencias en los índices de eficacia política externa” (Funes, 2009:73).

La juventud parece seguir una línea maestra muy clara respecto a lo político, que entronca directamente con la materialización de los niveles de confianza que ofrece sobre los partidos políticos. “Se podría decir que se observan altas dosis de realismo entre la juventud española que, a pesar de su desconfianza hacia los colectivos y hacia los individuos que en ellos se implican, considera conveniente (o no prescindible) su existencia” (Funes, 2009:66-67). Al mismo tiempo, funciona en la juventud lo que hemos convenido en llamar crítica como discurso, que se fundamenta en la crítica de carácter institucional como argumento central de la crítica de los partidos políticos. “La desconfianza relativa que se manifestaba hacia el sistema, en general, se expresa con más claridad en relación con las instituciones concretas que permiten su funcionamiento” (Funes, 2009:65).

Antes de finalizar este epígrafe, nos gustaría desarrollar una idea que desemboca en la consideración de la participación política electoral como un hecho a tener en cuenta para posteriores estudios. Se fundamenta que podríamos tomar la participación política electoral como un rito de paso en la esfera pública dedicada a la potencial integración de los/las jóvenes en el proceso de participación institucionalizado en el terreno de la *res pública*. Es obvio que resulta muy reduccionista, sin embargo ofrece un hito histórico a través del cual poder estudiar las distintas trayectorias en materia de participación ciudadana en la política. Además, debemos mencionar que la importancia de contar con una cohorte de jóvenes que ha nacido, se ha educado y ha llegado a poder participar electoralmente en un proceso político marcado por la lógica democrática y no salpicado por sucesos históricos que quiebren esta situación equilibrada, es capital. Tomar en consideración sus actitudes y comportamientos como colectivo para ofrecernos pistas sobre

las tendencias de futuro que serán desplegadas por otros jóvenes, que los sucederán, es una variable a considerar profundamente. La acentuación y consolidación de nuevos patrones de participación política se cristalizarán (Lensky, 1969) probablemente con una contundencia inimaginable dentro de unas décadas. Para reflexionar sobre ello hemos organizado un curso incluido en la VII edición de los Cursos de Verano de la Universidad Pablo de Olavide bajo el rótulo *Juventud y democracia. 30 años de constitución en España*, celebrados el pasado mes Julio y que contó con la presencia de numerosos investigadores sobre dicho tema.

4. Nuevos canales de participación política juvenil. Los retos de futuro del actual sistema

Con el título de este epígrafe hemos querido recoger el guante lanzado por los y las jóvenes en referencia a lo que consideran déficit de participación y crítica institucional de la participación. Desde todos los ámbitos se puede apuntar que la tónica constante recogida del discurso juvenil sobre la participación es una reiterada apelación al aumento de la misma, además de una crítica a los canales instituidos actualmente. Los niveles participativos de la juventud es necesario evaluarlos con cierta relatividad dado que su presencia no tiene una homogeneidad, debido a sus características intrínsecas. “La juventud está más presente en el trabajo voluntario, en la realización de actividades, y, principalmente, en la presencia en manifestaciones: y, como resulta razonable, su presencia es comparativamente menor en la participación económica, es decir, en la realización de donaciones” (Funes, 2009:89).

Los canales de participación social y política de la juventud española se centran en el asociacionismo en sentido amplio, el voluntariado en todos sus niveles y las movilizaciones colectivas. Todos estos canales apuntan a un fenómeno catalogado como privatización de la política. El carácter crítico y de contestación de la participación pública de la juventud está muy marcado en este caso. La creciente demanda de nuevos canales de participación política o en la vida pública de los y las jóvenes responde sobre todo a las particularidades de la juventud. De hecho, la posibilidad legal de participación política sólo se abre a los y las jóvenes a partir de su mayoría de edad, aunque existen numerosas iniciativas orientadas al estudio del adelanto de la edad para el derecho al voto. Tampoco se debe olvidar que existen explicaciones ya contrastadas que ofrecen respuesta a la falta de participación juvenil en la política. Ha de reseñarse que “[...] no se puede negar que los problemas actuales que experimentan muchos jóvenes desincentivan su implicación en el ejercicio de la ciudadanía, hasta el punto de percibirse a sí mismos en una situación de exclusión del ámbito de los asuntos colectivos. Los excluidos no participan porque sobre lo que se juega en la arena política les parece extraño. El alejamiento y la alienación son mecanismos de defensa frente a contextos desconocidos, aburridos y complejos a los que alude la vida política actual”. (Morán y Benedicto, 2000:70). Esta idea permite alumbrar posibles salidas al atolladero participativo en el que se ve inmersa la juventud. Podríamos caminar en la senda de plantear que el potenciamiento de la sociedad civil (Pérez Díaz, 1997) y el aumento de la participación ciudadana en todos los ámbitos políticos e institucionales parece ser el hilo conductor de las opiniones vertidas por la juventud española en este informe.

De los datos obtenidos del *Informe Juventud en España 2008* se puede sostener la afirmación que la política interesa a la juventud, puesto que su mayor demanda es el aumento de participación. Sin embargo, la política actual no establece canales para acercar la política a la juventud, aunque eso sí, el aprovechamiento de los nuevos canales de comunicación establecidos en base a las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento son caminos que aún están por explotar. El binomio participación y nuevas tecnologías estará más inextricablemente unido con el correr de los tiempos. De este modo, se incide en la argumentación central de este artículo, es decir, la juventud necesita otros canales distintos de participación, puesto que la carencia de los mismos desincentiva la potencial participación que pueden desplegar los y las jóvenes españoles. Podríamos apuntar que los rasgos clave de la participación ciudadana de la juventud en España permiten vislumbrar el contexto hacia el que hay que caminar. “La juventud actúa y se compromete pero articulando identidades donde el lugar, en el sentido territorial del término, y la organización como forma de acción colectiva política no son imprescindibles. Se trata de la puesta en marcha de unas identidades colectivas que se sustentan en formas de participación más fragmentadas, discontinuas y cambiantes” (Funes, 2009:78). La construcción de una nueva coyuntura operativa para el fomento de la participación de la juventud en un sentido nuevo es un reto de futuro a enfrentar por parte del sistema político, cuyo éxito conlleva a la supervivencia del mismo, pero que con su fracaso pone en tela de juicio la consolidación y estabilidad de la participación política en España. “Para llegar a ser ciudadanos los jóvenes necesitan diseños institucionales que les permitan poner en práctica la competencia para participar, transformándola en una presencia constante en la esfera pública de la sociedad” (Morán y Benedicto, 2000:76).

Este planteamiento parece contradictorio con el prejuicio muy extendido de la posible apatía política de la juventud. Si fijamos nuestra atención en la modalidad de participación política en otros ámbitos alejados de la tradicional política partidista, la presencia de la juventud se hace más notable, de este modo se sugiere que esta apatía viene causada por una desafección hacia el sistema político partidista actual, que no brinda canales de participación adecuados para lo que demanda la juventud española. No obstante, en muchas ocasiones –demostradas históricamente– se ha apelado a la participación juvenil en la política y los resultados resultan muy halagüeños en la mayoría de las ocasiones. El llamamiento al voto juvenil y lo que representa de voto orientado al cambio, anima a la participación en los comicios de éstos, insistiendo en que el colectivo tiene importancia y que su participación posee trascendencia política. Sin embargo, este argumento no es muy reconocido por las opiniones vertidas por los/as jóvenes. Acudir al granero de los nuevos votantes es una estrategia muy frecuente y que ofrece excelentes resultados, verbi gratia en el reciente triunfo electoral del candidato del Partido Demócrata Barak Obama, en Estados Unidos.

Hasta este momento se ha venido insistiendo en la fisonomía de la participación política de la juventud sin tener en cuenta sus características propias. Las líneas maestras que trazamos aquí se inclinan a tomar la dimensión de privatización que está sufriendo la participación política juvenil. Al mismo tiempo, queremos insistir en la incisiva presencia del fenómeno de la videopolítica. Siguiendo las pertinentes indicaciones y consejos de la profesora Morán y el profesor Benedicto, se sostiene que “la escasa importancia que lo público tiene entre muchos de nuestros jóvenes deja de

ser una conclusión para convertirse en un punto de partida de la investigación, en un dato del contexto en el que debe insertarse cualquier análisis sobre el desarrollo de la ciudadanía en la juventud” (Morán y Benedicto, 2000: 134). Como ya se ha aludido, afirmaremos que la tendencia a la privatización de la política en la juventud alienta esta escasa importancia que lo público despierta entre los y las jóvenes. El siguiente párrafo sigue apuntando en la dirección señalada, puesto que vincula el posicionamiento ideológico de la juventud con las diatribas biográficas de los mismos. Ambos autores sostienen que “[...] hemos pasado en las dos últimas décadas al predominio de posiciones defensivas y, en cierta medida, fatalistas en las que las preocupaciones sociopolíticas, por lo menos como tradicionalmente han sido definidas, han dejado de constituir un elemento de referencia importante en sus imaginarios sociales, viéndose sustituidas por cuestiones que afectan más directamente a las condiciones en que se desarrolla la biografía individual” (Morán y Benedicto, 2000: 142).

La videopolítica como concepto marco aglutina en torno a sí las nuevas tendencias participativas orientadas por la tecnología, cuya mayor predilección se encuentra en el segmento juvenil de la población, puesto que su dominio sobre las mismas es muy alto. La videopolítica (Sartori, 1998) asociada a la aparición de criterios más cercanos a la democracia tecnológica o digital parecen augurar nuevos tiempos para la participación política del futuro. El aumento de los canales de participación y el reencantamiento de la juventud por la política representan nuevos retos en el porvenir. La juventud quizá busque nuevos derroteros políticos que marquen un camino más cercano al concepto de democracia postmoderna, marcada por identidades políticas más flexibles y con instituciones partidarias más cercanas a la ciudadanía y menos enquistadas en la rigidez organizativa de sus obsoletas maquinarias burocráticas.

Por último, y antes de ofrecer nuestras conclusiones, queremos traer a colación uno de los ejemplos más palpables de los nuevos modelos de participación, a los cuales aluden los/as jóvenes como consecuencia de su crítica institucional y su demanda de aumento en los canales participativos. Nos referimos al movimiento altermundista. Sus principios resumidos en el lema “otro mundo es posible” atraen enormemente a la juventud, puesto que sus principios entroncan directamente con las demandas participativas de los y las jóvenes. “La *gran* sociología política pluralista reveló en sus investigaciones empíricas la alta presencia de jóvenes en los grupos y asociaciones *antisistema*” (Morán y Benedicto, 2000:47). Este colectivo ofrece una estrategia que se centra en la movilización de sus seguidores para provocar la atención de los medios de comunicación, para así lograr que sus reivindicaciones entren en la agenda pública. Sus acciones colectivas “[...] intentan ejercer una presión, directa o indirecta, sobre los núcleos de toma de decisiones, o sobre los actores políticos” (Funes, 2009:90). Las características definitorias de la juventud que denominamos altermundista sigue las pautas ofrecidas por el realismo como principio rector de la participación política, la crítica institucional al modelo participativo, las demandas expresadas de nuevos canales de participación y el interés larvado por la política de la juventud española. El perfil sociológico que muestra este colectivo se presenta en el siguiente párrafo. “Los rasgos que identifican a este sector de la juventud son el alto nivel de estudios, un importante grado de laicidad, un muy frecuente uso de las Nuevas Tecnologías de la Información, una orientación política de izquierda radical

y ser más proclives a las tácticas políticas disruptivas y de confrontación, que el resto de la sociedad, incluso que el resto de la juventud” (Funes, 2009:103). Al mismo tiempo, no es cuestión baladí referirse a las características que ofrece su base ideológica y que moldea su imagen social. “Se trata de proyectos que surgen en los márgenes de lo social y de lo político; son acciones públicas con un carácter menos ideológicamente político y más político cultural, pero con un definido interés por lo colectivo. Estas propuestas pueden considerarse políticas aunque *algo despolitizadas*, en el sentido de que sortean el encaje ideológico entendido habitualmente como político convencional y tratan de evitar la lógica territorial” (Funes, 2009:105). Con lo dicho, hemos pretendido realizar un esbozo sobre un fenómeno al cual es necesario prestar atención si nos dedicamos al estudio y análisis de la participación política juvenil.

5. Conclusiones

En estas conclusiones vamos a esbozar de manera sucinta las principales aportaciones que han sido realizadas a lo largo del artículo. Se pretende proporcionar un guión básico de las cuestiones importantes y alentar así a nuevas investigaciones, análisis y debates que puedan sugerir.

A la juventud actual es necesario contextualizarla para diferenciar sus aspectos más propios sobre la participación política respecto a la de otras épocas históricas, de ahí que los tiempos democráticos en España han forjado otros tantos modos, grados e indicadores de participación política en las generaciones de jóvenes. También hemos mostrado que la imagen transmitida por los medios de comunicación de la juventud despreocupada, pasota y desviada se torna refutada por los datos derivados del *Informe Juventud en España 2008*. Asimismo, la diversidad intrínseca de la comunidad política de la juventud actual ha de ser considerada como un prerrequisito a considerar cuando se reflexione sobre la participación política de la misma.

Un elemento central al cual hemos de referirnos en estas líneas conclusivas es la fragmentación de la participación política juvenil en base a intereses muy delimitados y que se toman distancia de manera notoria de los principios universalistas, que configuraban el sentido último de la ciudadanía en democracia liberal clásica. Observamos de forma nítida que los procesos de formación de identidades colectivas que condicionarán la socialización política de los y las jóvenes españoles resisten una particularización amplísima. Es por ello que los rasgos más destacables de la cultura política juvenil y su relación con la democracia se caractericen por la participación como deseo a la crítica como discurso. Todo ello unido a que la crisis del sistema político-partidista se diagnostique gravemente por medio de dos vías: la primera estaría centrada en la crisis de legitimación y la segunda desemboca en la crisis de los viejos movimientos sociales. La conclusión parcial a la que se llega es que los sentimientos y actitudes de cinismo, escepticismo, apatía y desidia política vienen marcados por el fenómeno del alejamiento/extrañamiento de las instituciones políticas actuales de la ciudadanía joven producto de su marcado carácter de lejanía social y falta de participación activa en su funcionamiento hacia la juventud. De este modo, la juventud en general elabora y expresa de manera directa una postura crítica de carácter institucional como justificación central de la crítica hacia los partidos políticos.

El patrón fundamental de la participación de la juventud española viene señalado por la presencia de los y las jóvenes en los canales participativos sociales y políticos centrados en el asociacionismo en sentido amplio, el voluntariado en todos sus niveles y las movilizaciones colectivas. Según la opinión mayoritaria de la juventud la política actual no crea conductos para acercar la política a la juventud, aunque eso sí, el aprovechamiento/uso de los nuevos canales de comunicación establecidos en base a las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento son caminos que aún están por explotar.

El vislumbrar una nueva coyuntura operativa para el incentivo de la participación de la juventud en un sentido nuevo es un reto de futuro a considerar por parte del sistema político y sus responsables. Del logro de éste resulta la supervivencia del mismo, pero la consecución de su fracaso pone en una difícil tesitura el proceso de consolidación y estabilidad de la participación política de la juventud en España. La videopolítica como concepto marco reúne en su entorno a las nuevas tendencias participativas basadas en la tecnología, cuya mayor predilección se encuentra en el segmento juvenil de la población, puesto que su dominio sobre las mismas es muy alto. La juventud de nuestro país quizá busque nuevas trayectorias políticas que marquen una senda más próxima al concepto de democracia de carácter postmoderno, fundamentada por identidades políticas más flexibles y con instituciones partidarias más cercana a la ciudadanía que pide participar y menos enquistadas en la rigidez organizativa de sus obsoletas maquinarias burocráticas.

